

Ese sonido era nuevo en la poesía española del momento y sólo podía escucharse con maravillamiento o desdén chatuno. Como el erotismo total de «Divagación» si, como quería Pedro Salinas, el erotismo es uno de los más poderosos rasgos sémicos de la poesía básica rubeniana. Pero claro es que el Rubén del ritmo y de la sugerencia, supo llegar perfectamente al prosaismo meditador y nuevo de la excelente «Epístola a la señora de Leopoldo Lugones» de 1906 y que se halla en *El canto errante* de 1907. Ese espléndido poema en VII partes, mallorquín y cosmopolita, donde el poeta se desnuda como si hablara o escribiera un falso papel coloquial: «La neurastenia/ es un don que me vino con mi obra primigenia./ ¡Y he vivido tan mal, y tan bien, cómo y tanto!» (...) Como el poeta sonoro de hexámetros supo llegar espléndidamente al anticipo moderno de la megalópolis neoyorkina en «La gran cosmópolis. (Meditaciones de la madrugada)» de hacia 1914: «Casas de cincuenta pisos,/ servidumbre de color, /millones de circuncisos,/ máquinas, diarios, avisos/ ¡y dolor, dolor, dolor!» (...)

No, no es ciertamente un tópico (siéndolo) que la modernidad española (la modernidad amplia de Juan Ramón) empiece inevitable y triunfal en el Rubén misterioso y amedrentado, lujoso de champañas y seráfico, franciscano de veras bondades. Todo se abre en Rubén. Aunque algunos le culpen de lo que yo llamé en otro artículo «la conjura de Darío» para hacerse o proclamarse padre indisputado del modernismo. Pasemos por los españoles Reina y Rueda menores quizá, no sé... Pero ¿no fueron modernistas antes que Rubén el colombiano José Asunción Silva, los cubanos Julián del Casal y José Martí, el mexicano Gutiérrez Nájera? Quizá no llegaron (con encimarse y muy alto) a las alturas de Darío, pero en verdad ¿qué otra cosa llamarlos sino puros modernistas? Pero todos estaban muertos a fines de 1895 y el camino quedaba abierto para la paternidad y la toga de Rubén, el genuino profeta de toda novedad. Por lo demás el nicaragüense (que los conoció a casi todos) en absoluto los desdeñó, al contrario. Ideó para ellos –muertos prematuros– un rótulo digno que asimismo le convenía a él. Todos ellos serían «precursores del modernismo» (vieja y apenas renovada etiqueta crítica que se resiste a desaparecer). No, el modernismo no únicamente empezó

en Darío, tuvo importantes y notables compañeros de ruta, pero ellos cayeron y a él le cupo la gloria de acercar el estandarte a España y de hacerlo brillar como oriflama toda en América Latina. Quizás ayudó ahí a una pequeña e injusta pirueta de perspectiva literaria, pero a la vista de su poderosa obra poética (salvando los inicios) tan brillante, tan varia y tan bien editada, luego de la vieja y ya regular edición en Aguilar de Alfonso Méndez Plancarte y Antonio Oliver Belmás (probablemente agotada además desde los primeros y pasados años 70) esta edición de Julio Ortega cumple y da luz. El inmenso chorro caudal que trajo Rubén Darío, por encima de ingenuas pequeñas mezquindades, y mucho más por encima, entreveradamente, de aquel indio español de sensualidad tropical, dipsómano y neurótico que paseo su exquisitez por París y Nueva York y que, entre Madame Blavatsky y el Tsar Péladan, vio «Le Vice Supreme» en la unión de la belleza, el misterio, el dolor y la muerte siendo tan poeta, tan alto poeta doliente y gozoso como pocos (muy pocos) han sido. Como en su hermoso «Responso» (1896) a su parcial maestro y admirado Verlaine –un poema tan hondo, tan rico de significados– también para él debemos decir:

«Que púberes canéforas te ofrenden el acanto;
que sobre tu sepulcro no se derrame el llanto,
sino rocío, vino, miel;
que el pámpano allí brote, las flores de Citeres,
¡y que se escuchen vagos suspiros de mujeres
bajo un simbólico laurel!» (...)

No es un azar ni un mero pasatiempo erudito volver a gozar con las magias polifónicas y nada superficiales del maestro Rubén. Al contrario. Es un necesario y hermoso viaje a las fuentes cercanas de lo moderno (vueltas ya tradición) y un completo, seguro, fértil placer de lectura y vida. Cualquier cosa menos pasado, arrumbado o trivial. Poeta del dolor y la lujuria, del coñac y las musas de carne y hueso, de la irrenunciable y plural y oscura allendidad ©

